

La Historia Oral como historia desde abajo

Ronald Fraser

En un bello ensayo en homenaje a George Rudé publicado en 1988, Hobsbawn ¹ examina las distintas formas de *Grass Roots History*, o la historia desde abajo, que se han desarrollado en las últimas décadas. Desde las nuevas aportaciones de la historia demográfica a estudios tan diversos como el de Vovelle sobre las inscripciones de las lápidas sepulcrales de Provenza -basados todos en fuentes escritas- no hay ninguno que no encuentre su aprobación. Se ensaña sólo con una forma, la Historia Oral, porque, dice, se basa en algo tan notoriamente falible para reconstituir hechos como la memoria. Y si esto no fuera suficiente, le falta una metodología en general, y una comprensión de por qué y cómo puede fallar la memoria.

Pensando seguramente en Inglaterra cuando escribió su ensayo, la crítica de Hobsbawn estaba bien fundada. Aún dominaba, y hasta cierto punto sigue dominando, lo que puede llamarse la fase populista de la Historia Oral. Bastaba, basta, que hable la gente que no tiene voz histórica, basta que por medio de sus propias palabras devolvamos su historia a aquellos que no dejarían constancia de su vida de ninguna otra forma. Como reconoce el mismo Hobsbawn esta forma de Historia Oral puede dar como resultado libros apasionantes, pero no libros de Historia. Necesitamos saber, como él dice, no sólo qué pasó, sino por qué pasó.

¹ (JOBSBAWM, *History from Below*, ell. Frederiek Krantz, Oxford, 1988, pp. 13-28.

Mucho antes de 1988 se empezó a perfilar en algunos otros países, especialmente en Italia, Estados Unidos, Francia y Alemania, unas metodologías –el uso del plural es intencionado porque en grandes líneas hay tres– que a partir de aquellas fechas han ido desarrollándose. Como creo que estas metodologías deben ser poco conocidas aquí, me parece que lo más útil que puedo hacer es intentar explicárselas, aunque de forma bastante esquemática, sin más comentarios míos, para suscitar luego después una discusión general.

Antes de entrar en el tema creo que sería útil detenernos un momento para considerar el término Historia Oral. Este término se presta a confusión porque parece que quiere ser una disciplina distinta, como la Historia Económica, cuando de hecho es una técnica para la investigación histórica. Incluso algunos que utilizan actualmente la técnica prefieren no utilizar el término, hablando más bien de *Life Stories* –Relatos de la Vida– o Por mi parte, creo que el término más adecuado sería Fuentes Orales –el nombre elegido, además, por la única revista española dedicada al tema: *Historia y Fuentes Orales*– porque es de eso que se trata.

Vamos ahora a definir lo que es esta técnica y lo que tiene en común con las tres metodologías que voy a presentarles. En primer lugar se trata de generar nuevos saberes gracias a la creación de nuevas fuentes históricas. Por cierto, estas fuentes están limitadas en el tiempo por la vida de los testigos pero son casi inagotables en su extensión –la vivencia humana– o Estas fuentes suelen ser creadas entre grupos sociales que han sido privados –o que no han tenido acceso a la posibilidad– de crear sus propias fuentes: en general las clases o grupos no-hegemónicos. Ahora bien, estas nuevas fuentes se diferencian de las fuentes tradicionales que los historiadores se han acostumbrado a utilizar en tres aspectos fundamentales. Por una parte, son la creación conjunta del testigo y del historiador. Por otra, están basadas en los recuerdos de aquél en forma de narración, y finalmente tratan de la vivencia de una persona singular. En fin de cuentas se trata de lo que Alessandro Portelli ², uno de los innovadores de esta técnica, ha llamado, «el premio y la maldición de la Historia Oral: la subjetividad».

¡Ah!, la subjetividad. Pero quiero asegurarles en seguida de que no se trata aquí de la subjetividad en sí –y menos mal, porque es un concepto de definición muy difícil–, sino de los elementos subjetivos que pueden ser accesibles al historiador. Así Portelli nos ofre-

² PORTELLI, *The Death of Luigi Traslulli and other Stories. Form and Meaning in Oral History*, New York, 1991, p. 256.

ce su interpretación. Les cito: «por subjetividad quiero decir la investigación de las formas culturales y los procesos mediante los cuales los individuos expresan su sentido de sí mismos en la historia. Desde esta perspectiva, la subjetividad tiene sus propias leyes objetivas, sus estructuras, sus mapas». Y añade: «sólo si el investigador reconoce la subjetividad como tal, y lo separa de forma metodológica de la información factual y formas intermediarias, puede apreciarse la condición cognoscitiva de la subjetividad»³.

Luisa Passerini⁴, profesora de historia en la Universidad de Torino, y la otra innovadora italiana de la Historia Oral, ha intentado dar una definición más amplia. Para ella –y resumo– hay tres puntos esenciales:

1. Las representaciones colectivas, en el sentido de Emile Durkheim, o sea un cuerpo no necesariamente sistematizado de creencias y mitos, incluyendo la religión, al cual ella añade actitudes mentales y emocionales, visiones del mundo e identidades culturales encarnadas en tradiciones escritas y orales.

2. La serie de elecciones que hacen los individuos o grupos como la familia para resolver los asuntos cruciales de su vida. La subjetividad aparece aquí como una racionalidad que no debe ser entendida como si resultara sólo de un plan consciente y *a priori*, sino como una invención y un ajuste a lo que sucede y a lo que es posible. O sea, en estas elecciones pueden mezclarse decisiones a nivel individual y colectivo, consciente e inconsciente, social y personal.

3. El entramado de lo privado y lo público que crea y mantiene las relaciones sociales, como redes, grupos y subgrupos que forman parte de entidades más largas: naciones, clases, partidos, etc. Tanto la solidaridad social como los conflictos de la vida cotidiana son expresiones de la interacción de lo objetivo –o sea, lo *dado*– y lo subjetivo. Finalmente, para Passerini, la racionalidad, entendida como la capacidad de enfrentarse con la realidad y la irracionalidad, puede estar presente en algunos o todos de los tres puntos ya mencionados.

Desde un punto de partida bastante similar, Ron Grele⁵, director de investigaciones de Historia Oral en la Universidad de Columbia,

³ PORTELLA, *ibidem*, p. ix.

⁴ PASSERINI, «People's History and Social Science History Responses to Louise A. Tilly», *International Journal Of Oral History*, t. 6, núm. 1, Nueva York, febrero de 1985, pp. 22-23.

⁵ *Envelopes Of Sound. The Art Of Oral History*, 2nd ed., Chicago, 1985, p. 142.

Nueva York, dice que la finalidad consiste en hacer que «la problemática ideológica del entrevistado se articule de forma consciente y así revele su contexto cultural para transformar una historia particular en una narración cultural». Y para Marie-Françoise Chanfrault-Duchet⁶, investigadora francesa que sigue una pista paralela a las ya mencionadas, el relato de la vida representa un sistema de significaciones completo en sí mismo –o sea, que hay que considerarlo como un *texto-o* «El deber del historiador es, pues», explica ella, «una descripción precisa de las pautas estructurales de la narrativa, de analizar la problemática compleja social que el entrevistado ha desarrollado en su relato de la vida».

Así vemos ya que la recuperación de los hechos como tal es menos importante para esta línea de investigación que la *significación* de los hechos. Para los Portelli, Passerini, Grele y Chanfrault-Duchet es fundamentalmente a través de la narración en sí que debe captarse esta significación. *Narraciones* y no testimonios de la vida, como 10 ha expresado sucintamente Portelli, que añade, y 10 cito: «La importancia de las fuentes orales consiste no tanto en su observación de los hechos, sino en su desviación de ellos, en cuanto permite que la imaginación, el simbolismo y el deseo emergen. Y éstos pueden ser tan importantes como narraciones factualmente ciertas»⁷.

En unos momentos les citaré un ejemplo que puede ilustrar esta forma de procedimiento. Pero antes quisiera detenerme en explicar otra metodología muy distinta cuyos proponentes más destacados son Daniel Bertaux, sociólogo del Centre d'Etudes des Mouvements Sociaux de París, e Isabelle Wiame⁸, historiadora francesa, que han colaborado en varios proyectos. Ellos utilizan los relatos de vida con la finalidad de investigar las relaciones, normas y procesos que estructuran y mantienen la vida social. Su campo de investigación se cierra, según Wiame, al nivel de mediaciones, en el sentido sartriano de la palabra –o sea, al nivel en que estructuras sociales amplias restringen concretamente a los individuos y familias y aquéllas, al in-

⁶ CI/ANFRALJLT-DLJCIET, «Mitos y estructuras narrativas en la historia de la vida: la expresión de las relaciones sociales en el medio rural», *Historia y Fuente Oral*, núm. 4, 1990.

⁷ PORTELLI, *op. cit.*, pp. 50-51.

⁸ WIAME, *International Journal of Oral History*, *op. cit.*, pp. 28-29. Ver también, BEHTAIX-WIAME, «L'apprentissage dans la boulangerie artisanale entre les deux guerres. Une enquete d'histoire orale», París, Groupe de Sociologie du Travail, 1976; y BEHTAIX y BEHTAIX-WIAME, «The Artisanal Bakery in France. Ifow it Lives and Why It Survives», en F. Beehhofer and B. Elliott, eds., *The Petite Bourgeoisie: Comparative Studies of the Uncasy Stratum*, Londres, 1979.

verso, pueden servir a que los actores individuales, mediante sus prácticas agregadas, influyan eventualmente sobre los procesos macro-sociales-o Así es a un nivel intermedio -ni individual ni societal, sino de un ramo de producción, por ejemplo-, utilizando relatos de la vida, que estos investigadores buscan pautas constantes que les lleven a inferir la existencia de procesos socioestructurales.

Su modo de investigación tiene tres fases: en la primera, exploratoria, recogen una serie de relatos de vida en donde esperan encontrar algunas descripciones y temas constantes -las líneas de fuerza pertinente- del grupo a investigar; en una segunda fase, analítica ésa, hacen una reflexión sobre estas constantes, y siguen con nuevos relatos de vida hasta llegar a 10 que Bertaux ⁹ llama el primer punto de saturación, cuando se encuentran que las entrevistas repiten, entre otras cosas, los mismos temas. Así, «se tiene la seguridad de haber identificado un fenómeno -una norma, un rol, un proceso, el efecto de una relación estructural- que no sale ni de la imaginación (en el sentido de propensión a crear fantasmas) de los investigadores, ni de la del interlocutor mítomano: ahí está 10 social que se expresa a través de voces individuales». Una vez identificado este fenómeno hay que intentar sistemáticamente destruirlo como modelo mediante más relatos de vida que parten de otro punto de referencia para entrar en el mismo grupo. Los casos negativos, los que contradicen el modelo provisionalmente saturado, contribuyen a la vez a la verificación del modelo y a su afinamiento o reconstrucción; el proceso acaba sólo cuando se ha llegado a una verdadera saturación. «y el milagro se cumple», continúa Bertaux. «Sin que haya sido nunca cuestión de muestra representativa, el equipo ha alcanzado el punto en el que puede proponer una descripción convincente de los procesos sociales estudiados.»

Si la primera metodología -1a de Passerini, Portelli, Grele y Chanfrault-Duchet- puede llamarse *hermenéutica* -1a de Bertaux-Wiame- sería *etno-sociológica*. Aunque las diferencias entre las dos parecen irreconciliables, entre otras razones porque, como dice Wiame ¹⁰, la exactitud de los relatos de vida no es 10 que principalmente importa a los primeros, mientras que para los segundos es de una gran importancia -aunque entre paréntesis yo añadiría que es una exactitud confirmada por una larga serie de relatos del mismo sector

⁹ BERTAUX, «Los relatos de vida en el análisis social», *Historia y Fuente Oral*, núm. 1, 1989.

¹⁰ WIAME, «The life history approach to the study of internal migration: how women and men came to Paris between the wars», en *Our Common History. The Transformation of Europe*, ed. Paul Thompson, Londres, 1982, pp. 186-200.

social-, el hecho es que tanto unos como otros son capaces de utilizar aportaciones del campo opuesto. Por ejemplo, los *hermeneúti-cos* no ignoran en total los datos aportados, ni los *etno-sociologistas* las formas de la narración. (Wiame, la historiadora francesa, en su trabajo sobre los inmigrantes provincianos en París analiza con mucha finura las distintas formas de expresarse de los hombres y de las mujeres en sus relatos de vida para sacar unas conclusiones muy interesantes. Y en su libro sobre el fascismo y la clase obrera de Torino, Passerini ¹¹ acepta los testimonios de las mujeres que entrevistó, especialmente en relación con la política demográfica fascista, como la expresión directa de un pasado vivido, prescindiendo de su propia advertencia ya citada sobre la imposibilidad de los relatos de expresar directamente los hechos y acontecimientos. Es además, en mi opinión, el capítulo más apasionante de su libro.)

A un nivel práctico, hay algo que une a todos los que utilizan fuentes orales, y eso es el saber que estas fuentes no bastan por sí mismas. Todos están de acuerdo que hay una labor anterior imprescindible, que es la de cualquier historiador o investigador: la consulta obligatoria de todas las otras fuentes primarias y secundarias que pueden tener relación con su campo de investigación. Aunque el entrevistador va al testigo para aprender de él o de ella, y no para darle una clase de historia —por cierto no hay forma más acertada para hundir una entrevista que un entrevistador que quiere impresionar al testigo con sus conocimientos—, el entrevistador necesita poder situar las experiencias relatadas dentro de su contexto socio-histórico para entender la narración y formular preguntas válidas.

Aunque me queda otra metodología para explicar, quiero aligerar esta exposición con algunos ejemplos. Tal vez porque estoy formado por tantos años de Historia Oral, en la cual una de las cosas más importantes es recoger *ejemplos* del interlocutor.

Al principio, mencioné los reparos de Hobsbawm en lo que se refiere a la memoria y su capacidad para recordar *hechos*. En su ensayo él da un ejemplo de su propia experiencia: en un pueblo del sur de Inglaterra, una revuelta de jornaleros de 1830 es recordada como si hubiera ocurrido en la época contemporánea. ¿Cómo fiarse de memorias que recuerdan lo que ni siquiera han vivido, que se equivocan en ciento cincuenta años de hechos históricamente comprobados?

¹¹ PASSERINI, *Fascism in Popular Memory, The Cultural Experience of the Turin Working Class*, Cambridge/París, 1988, pp. 150-182, traducción al inglés de *Torino operaia e Fascismo*, Bari, 1984.

Pues este caso curioso haría las delicias de Portelli¹², cuyo estudio ya casi clásico entre los que utilizan fuentes orales y que se titula *Historia y memoria: La muerte de Luigi Trastulli*, trata de un fallo de memoria colectivo en cuanto a una fecha, aunque no tan lejana y singular que el caso citado por Hobsbawm, y la interpretación del significado de este lapsus.

Se los voy a resumir brevemente, porque existe traducción al castellano que los interesados pueden consultar. En marzo de 1949, en la pequeña ciudad umbriana de Terni, Luigi Trastulli murió a manos de un miembro de la brigada especial de la policía italiana mientras los obreros salían de la siderurgia local para participar en una manifestación contra la OTAN. Ahora bien, en la memoria colectiva, especialmente entre los obreros de base, esta muerte se da como ocurrida en 1953 cuando hubo despedidas masivas de la siderurgia. Portelli comenta que la equivocación es demasiado «coherente y difundida como para poderla atribuir al mal funcionamiento de la memoria de los individuos». Incluso, cuando en sus entrevistas, que no iban dirigidas sólo a investigar esta muerte, Portelli preguntaba si el testigo no se había equivocado de fecha, éste solía hacer caso omiso de la pregunta.

Como explica Portelli, la clase obrera de Terni provenía de la experiencia partisana de la guerra y era hegemonizada por el *peI*. A pesar de unas leyendas creadas en la memoria de estos obreros de que se había intentado atacar a la policía en el momento para vengarse de la muerte del joven Trastulli — a quien además la memoria colectiva va transformando en mártir mediante imágenes cristológicas — en realidad no pudieron hacer nada. Para esta clase obrera, comenta Portelli, «no arrugarse ante las agresiones de la policía constituye un factor de soporte de la identidad colectiva». Y se habían arrugado. Pero en 1953, cuando los despidos masivos, ellos reaccionan, se levantan barricadas en las calles, y hay varios días de lucha callejera con tiroteos, sin víctimas ni heridos graves. Aunque acabaron vencidos, esta lucha se quedó gravada en la memoria colectiva como uno de los grandes momentos de la clase obrera de Terni.

Ahora bien, una muerte importante para la clase obrera como la de Trastulli — víctima de la violencia antiobrero, de la violencia de clase — no puede considerarse un hecho accidental ocurrido en una manifestación política de *rutina* como la manifestación en contra de la OTAN. «Un hecho de esa naturaleza forzosamente debe estar pre-

¹² PORTELLI, *op. cit.*, pp. 1-26. Hay traducción en castellano en *Historia y Fuente Oral*, núm. 1, 1989.

cedido y debe ir seguido por circunstancias de importancia similar... Los despedidos y las barricadas constituyen el contexto adecuado al dramatismo del acontecimiento.» Además, colocar la muerte de Trastulli en el contexto de las luchas de 1953 les confiere a éstas unos tintes de dramatismo sin duda necesarios para que el relato pueda ser percibido completamente, de manera satisfactoria.

De esta historia Portelli saca dos conclusiones que nos pueden interesar. A nivel *simbólico*, la muerte de Trastulli representa la experiencia coyuntural de la lucha de clases en Terni durante el primer decenio de la posguerra. El acontecimiento se transfiere hacia otro contexto para que se pueda acoplar al principio de la causalidad adecuada. A nivel *psicológico*, la dinámica y la cronología del acontecimiento se manipula de tal manera, que pueden contrastar el sentido de humillación por sí mismos provocado por la falta de respuesta ante la muerte de un compañero. Y Portelli acaba diciendo que nos encontramos delante «de productos generados por el funcionamiento activo de la memoria colectiva, generados por procedimientos coherentes que organizan tendencias de fondo... El hecho histórico relevante, más que el propio acontecimiento en sí, es la *memoria*».

Me hubiera gustado darles otro ejemplo de la memoria de *longue durée*. Así, indicaré sólo el tema: al relatar su vida, y especialmente sus muy tensas relaciones de criada con su ama en los años treinta, una campesina francesa se expresa con imágenes estereotipadas de las revueltas campesinas de los Croquants y de las *Jacqueries* de los siglos XIV al XVII, y también con otras de la Revolución francesa. Marie-Françoise Chanfrault-Duchet¹³, la autora y entrevistadora de esa señora, que utiliza el relato como texto para luego deconstruirlo, propone que el mito del cual surgirían estas imágenes constituye un *medium* que permite al narrador comunicar en términos sociales —es decir, en términos de *representaciones colectivas*— su experiencia vivida y el sentido que él le confiere en el relato. Y esta campesina utiliza estas imágenes estereotipadas porque rechaza identificarse con otro modelo posible —el del campesino pasivo que se inclina ante «nuestro señor»— para hacer operar un sistema de representaciones que remite a elecciones ideológicas que vienen a legitimar sus actos. Así inscribe su vivencia en una tradición, la revuelta campesina.

La cuestión que seguramente se les habrá ocurrido en seguida —¿cómo es posible que tales mitos pueden continuar vivos a través de cinco siglos?— forma también parte de la investigación, mediante fuentes escritas, que demuestran que a partir de 1840 hubo cancio-

¹³ CHANFRAIJLT-DUCIET, *op. cit.*, pp. 11-21.

nes populares, ya finales del siglo una novela, que repetían los mitos principales de aquellas revueltas. En los años setenta de este siglo hubo una serie de televisión basada en la novela que la interlocutora recuerda haber visto con gusto. No voy a seguir más lejos con este ejemplo porque la versión castellana puede consultarse en el número 4 de *Historia y Fuentes Orales* bajo el título, «Mitos y estructuras narrativas de la historia de la vida».

Un ejemplo que quiero citar más extensamente, porque explica ese «funcionamiento activo de la memoria colectiva» de que habla Portelli y al mismo tiempo nos lleva a otra línea metodológica, trata también del campo francés. Dos investigadores franceses querían indagar qué impacto había podido tener entre los campesinos la gran expansión de escolaridad a finales del siglo pasado. Esta expansión se había estudiado a fondo; pero de lo que los campesinos y artesanos rurales habían hecho de sus nuevas posibilidades de alfabetización no se sabía casi nada. Sólo una cosa se sabía: que a principios de este siglo había salido a la calle en París una serie de libritos sencillos, romances, etc., que parecían haber tenido un gran éxito de mercado.

Los investigadores, Michel Rozon y Anne-Marie Thiesse¹⁺, eligieron varios pueblos e iban con su pregunta: ¿qué leía usted en su juventud? Las respuestas fueron las mismas: «no leíamos nada, no teníamos tiempo, nuestro destino era trabajar. Los ricos, los propietarios fueron los únicos que tenían tiempo para leer». Insatisfechos con la respuesta estereotipada pero aún sin entender su sentido profundo, pensaron que habría que elegir otra manera de formular la pregunta. Ya que leer forma parte del ocio, volvieron para preguntar qué habían hecho sus interlocutores en sus ratos libres. El resultado no fue mucho más halagüeño: aunque unos pocos comentaron que habían leído alguna cosa, en general los testigos no recordaban el ocio con muchos detalles, y solían hablar más bien de su trabajo. Esto dio la pista a nuestros investigadores: tenían que situar el ocio dentro del contexto del trabajo, había que recoger relatos de vida. Ahora los resultados fueron impresionantes: los testigos llegaron a confiar en los investigadores porque éstos se interesaban por todos los aspectos de su vida y, recordando su trabajo, recordaban con más detalles sus pocos momentos de ocio y finalmente sus lecturas. Cuando los investigadores sacaron una lista de los títulos de la serie de libritos ya men-

¹⁺ BOZÓN y THIESSE, ponencia presentada al 4.º Congreso internacional de Historia Oral, Aix-en-Provence, 1982 (ejemplar mecanografiado).

cionada, muchos no sólo reconocieron los libros, sino que contaron la trama.

Si esta reactivación de la memoria se ciñera a un caso individual, no tendría mucha importancia; pero como fenómeno generalizado tenía otro cariz que había que situar en su contexto social. Y en primer lugar, no el hecho de recordar sino el del olvido original. Los investigadores llegaron a la conclusión que era un olvido «ideológico». Con eso querían decir que sus interlocutores habían asumido, incluso a nivel de la memoria, la ideología dominante que no les asignaba el papel de «lector» que era reservado para las clases dominantes. Su papel era el de trabajar. La reactivación de la memoria mediante -y sólo mediante- la posibilidad de relatar sus vidas, de valorizarlas, en particular el trabajo, les permitió romper -aunque fuera sólo momentáneamente- con la ideología dominante. «Para llegar a la verdad era necesario reconstruir la lógica social del discurso autobiográfico popular», comentan los investigadores.

La tercera y última metodología que voy a explicar se debe a Lutz Niethammer¹⁵, profesor alemán de historia contemporánea. No convencido del término Historia Oral, pero sin proponer otro, para él la metodología debe entenderse como algo análogo a la arqueología para los historiadores de la antigüedad, esto es, una heurística interdisciplinaria dado que las fuentes no son directamente accesibles y la forma en que se las investiga determina su carácter. A pesar de que los restos de la memoria no tienen la calidad de fragmentos de cerámica, Niethammer entiende que la Historia Oral puede crear de forma fragmentaria las bases para una nueva comprensión de la historia socio-cultural del pasado inmediato, y en particular de lo que él llama la *experiencia*, en cuanto el investigador tiene una comprensión de la historia en general.

Para Niethammer, pues, la experiencia sustituye a la subjetividad de los Passerini, Portelli y Grele, etc. El concepto de la experiencia de Thompson le parece útil porque, según él, explica los juicios de valor y las estructuras del pensamiento en relación a la percepción de un conjunto de condiciones estructurales y acontecimientos interpretados como históricos. (Entre paréntesis, diría que parece haber tomado en cuenta el argumento de Perry Anderson en contra del uso ambiguo que hace Thompson de la palabra experiencia.) Niethammer reconoce, no obstante, que queda un hueco en el pensamiento entre la subjetividad expresiva y la objetividad construida de las es-

¹⁵ NIETHAMMER, «¿Para qué sirve la H. O.?, *Historia y Fuente Oral*, núm. 2, pp. 3-26.

estructuras –**un** hueco que Pierre Bourdieu ha intentado llenar con su teoría de la «costumbre» o el «hábito»-. Estas son las estructuras interiorizadas en el proceso de socialización que se convierten en una segunda naturaleza, en gran parte inconsciente y duradera, que regulan de alguna forma las acciones futuras por ser una externalización de esta segunda naturaleza que «integra toda la experiencia pasada» sin ser reflejos mecánicos y atemporales.

De lo comentado hasta ahora, se puede deducir que para Niehammer el campo de investigación consiste en indagar las configuraciones previas que forman las pre-estructuras para una praxis futura –**el** campo del subconsciente socio-cultural que trasciende la transferencia consciente entre la experiencia como conocimiento y la experiencia como la capacidad de comprender y actuar-**o** Pero advierte que la entrevista como conversación narrativa no puede indagar al nivel de la costumbre de Bourdieu, porque sus límites son los niveles conscientes y pre-conscientes –**la** memoria latente-. En esto, **discrepa**, pues, de Passerini y su definición de un aspecto de la subjetividad accesible al historiador.

En la práctica Niehammer comparte la opinión de Bertaux-Wiame que la única forma de proceder es mediante una cantidad considerable de relatos de vida para ver si ciertas pautas de respuesta subjetivas aparecen con regularidad para un período de tiempo específico. Es imprescindible relacionar esta investigación con la de las estructuras sociales, utilizando todas las fuentes, aun las más fragmentarias, para negar a conocer con precisión las condiciones objetivas para períodos de tiempo limitados.

Les daré ahora un ejemplo de una de las investigaciones de Niehammer. Se trata de mineros alemanes de principios del siglo durante la gran expansión de la cuenca de Ruhr –**o** sea, inmigrantes rurales trabajando por primera vez en las minas-**o** Todas las fuentes escritas afirman tajantemente que estos inmigrantes fueron inestables, no se adaptaron a sus nuevas condiciones de trabajo y nevaron una vida miserable. En las entrevistas, los antiguos mineros dieron constantemente unas respuestas que contradecían por completo esta visión de su existencia: hablaban de su vida cotidiana en términos de **independencia**, libertad y cooperación. A primera vista había algo muy contradictorio en esta nueva visión porque, como comenta Niehammer, se suele pensar que la seguridad material es una pre-condición de la independencia y la libertad. Pero cuando la investigación llegó al punto de poder reconstruir con precisión la vida cotidiana y las condiciones de trabajo en las minas, se dio cuenta que la visión tradicional y la de los mineros eran perfectamente compatibles.

Las condiciones de trabajo entonces vigentes exigían el trabajo en grupo, la vivienda era inevitablemente cooperativa y existía una movilidad muy elevada, debida a la gran escasez de mano de obra. Así, las condiciones de vida miserabilísimas de estos mineros sólo podían mitigarse mediante un grado muy alto de cooperación, auto-organización y liderazgo.

No pretendo que las tres metodologías que acabo de trazar a grandes líneas sean las únicas -falta, por ejemplo, la de archivo, la recogida de fuentes orales para el historiador futuro¹⁶, muy desarrollada en Estados Unidos, y que se está estrenando en España con las fuentes orales sobre la organización de los Juegos Olímpicos de Barcelona y los proyectos alicantinos y vascos sobre la guerra civil- o se podría igualmente hablar de su uso pedagógico -en escuelas primarias británicas y entre minorías étnicas norteamericanas- o terapéutico en la gerontología, sin mencionar los usos más «tradicionales», si se puede decir, representados, por ejemplo, en el trabajo innovador de Ana Monjo¹⁷ sobre una colectividad industrial barcelonesa durante la guerra civil, y ahora sobre la cultura de la calle anarquista en Barcelona.

Debe quedar claro, pues, que las tres metodologías que he comentado no son aún mayoritarias y que no han solucionado todos los problemas. Pero sí creo que son actualmente las más avanzadas en su intento de enfrentarse con el problema de la memoria y la subjetividad a nivel histórico. Y aunque sea menos evidente, tal vez, de lo que he comentado, la Historia Oral es de por sí interdisciplinaria: hemos ido aprendiendo de la antropología, de la psicología, de la sociología, y últimamente de las nuevas tendencias de la teoría literaria. Así, en su propia praxis, la Historia Oral puede servir para romper las barreras bastante artificiales de las disciplinas académicas.

Antes de acabar, permítanme unas últimas consideraciones: la problemática de la memoria, por una parte -sus deformaciones mediante transposiciones y condensaciones, que en gran medida son ne-

¹⁶ Recogida de fuentes orales para el historiador futuro. Empezó en 1948 —fecha clave para la Historia Oral contemporánea— en Columbia University, Nueva York, con entrevistas con destacados políticos, científicos, empresarios, etc. Columbia tiene actualmente más de ciento cincuenta mil horas de entrevistas transcritas; otras universidades norteamericanas la emularon pronto y hoy por hoy hay testimonios para todos los gustos en los *campus* de Estados Unidos. Su valor para el historiador futuro queda por ver.

¹⁷ MONJO, ANA y VEGA, CARMÉ, *Els treballadors i la guerra civil*, Barcelona, 1986, y MONJO, ANA, «La calle como complemento del sindicato en Barcelona de 1930 a 1939», *Historia y Fuente Oral*, núm. 7, 1992, pp. 85-98.

cesarias a cada individuo para hacer compatible la memoria con la imagen de sí mismo, una imagen que está sujeta a cambios permanentes-, y por otra parte, el hecho de que es esta imagen la que el entrevistador recoge en la conversación narrativa que constituye la entrevista -estos hechos, harto conocidos por cualquiera que trabaje en la creación de fuentes orales-, hacen que nos encontremos casi inevitablemente más bien en el campo de la interpretación que en el de la explicación.

Algunas historiadoras y sociólogas feministas norteamericanas¹⁸ que, gracias a su trabajo de recoger fuentes orales, han llegado a criticar como «ingenua» una cierta visión de la investigación feminista, comparten hoy día algunos de los principios de la etnografía posmoderna: concretamente la idea de que la historia oral no puede pretender ser una representación de la cultura, sino que es una construcción cultural, tanto de sí misma como de la otra. Piensen lo que piensen de esto, piensen incluso que aunque llegemos al nivel de la saturación, nos tropezamos siempre con un hecho cierto: que somos nosotros, los investigadores, quienes hemos contribuido a crear las fuentes que vamos a analizar. Y esto nos lleva a un punto metodológico fundamental para los que practican la forma hermenéutica: el investigador tiene que estar presente en el texto final. Ron Grele¹⁹, por ejemplo, escribe que si el investigador falla «nos falta también la información necesaria para descubrir la praxis política de la entrevista y, en consecuencia, es imposible entender el contenido ideológico de las interpretaciones y su contexto».

A pesar de sus problemas, las fuentes orales nos proporcionan dos ventajas considerables, en mi opinión. Como, por su naturaleza, son simultáneamente representaciones de situaciones y de reacciones a estas situaciones, o sea, de las estructuras y de la praxis, ponen en tela de juicio cualquier intento de concebir la realidad socio-histórica tanto como el resultado de estructuras «objetivas» puras o como el resultado de la acción subjetiva pura. Por eso creo que es mediante la praxis del sujeto que las fuentes orales pueden captar mejor la experiencia -en sus dos términos usuales- y la subjetividad para fines históricos.

Por otra parte las fuentes orales ponen en duda la historia teológica, la tendencia a enfocar la investigación sólo en términos de

¹⁸ Ver, p. ej., *Women's Words, The Feminist Practice Of Oral History*, cd. Sherna B. Gluck y Daphne Patai, Nueva York/Londres, 1991, especialmente la 3.ª parte, «Dilemmas and Contradictions».

¹⁹ GRELE, «¿Quién y por qué contesta?», *Historia y Fuente Oral*, núm. 5, 1991, p. 119.

lo que logró imponerse, en la indagación sólo de los orígenes y responsabilidades históricas. Las fuentes orales nos permiten restablecer las contradicciones y ambigüedades de situaciones históricas, y en particular los deseos -para no decir el deseo- de los que participaron en los acontecimientos que nos relatan.

Voy a terminar con un comentario, tal vez una súplica, a nivel personal. Estoy convencido de que, en el mundo tan complejo actual, los historiadores tienen una responsabilidad muy grande de explicarnos cómo hemos llegado a este momento de la historia humana. Estoy igualmente convencido que no estoy solo al pensarlo, que hay un público de lectores que esperan lo mismo. Buena historia, bien escrita y accesible a lo que es, sin duda, una minoría del público en general, pero no obstante una minoría importante. Cuando veo de uno y otro lado del Atlántico la cantidad de historia producida que parece ser dirigida a otros historiadores profesionales, por las razones que sean, me pregunto si los historiadores no han perdido su rumbo como intelectuales. En el mercado público la moneda mala inevitablemente reemplaza la buena -y así pasa también con la historia- Mala historia se vende a montones, y la otra se refugia en la sala de banderas de los cuarteles de invierno.

Digo esto pensando no sólo en la historia en general, sino más especialmente en los historiadores que utilizan fuentes orales y que cada vez más parecen hacer caso omiso del hecho que el origen de sus fuentes son personas humanas, experiencias vividas. No hay nada más irónico que ver estas experiencias reducidas a una fuente de análisis exá-nime por el historiador que, como un Jehová, se erige en juez implacable del sentido profundo de esta vivencia, devolviendo a sus interlocutores una realidad en la cual se les silencia otra vez.